

EL RAPTO
miriam molero



VESTALES

© Editorial Vestales, 2017.

Diseño de tapa e interiores: Editorial Vestales.

Molero, Miriam
El rapto, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2017.
304 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-4454-01-0

1. Novelas Policiales. I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-4454-01-0

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2017 en Gráfica LAF SRL, Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

A Raúl Barreiros.

Y a Sebastián.

LA CASA

LA ALMOHADA SE VE MULLIDA. NO QUEDAN RASTROS DE la cabeza que durmió sobre ella. Si hubo piernas que se arrebataron durante el sueño, no lo sugieren ahora las sábanas estiradas y tensas. El acolchado cae en calculada geometría hasta apenas rozar el brillo del parquet.

No hay lapiceras ni tazas sobre la mesa de luz. Ni cenicero. En el centro, un velador solitario. Justo en el centro, demasiado en el centro como para iluminar el libro de alguien que lee en la cama mientras fuma.

Sobre la pared de la izquierda, el placard oculta su desprolijidad interior tras unas puertas excepcionalmente cerradas. A un costado, una silla vacía: sin un pantalón, una camisa o una corbata que desanudar.

Arriba de la cómoda, tres pilas de libros ordenados por tamaño. Debajo, en los cajones, calzoncillos, medias, camisetas y varios de esos objetos personales que suelen esconderse entre esas prendas: dinero, documentos, un reloj heredado.

Silencio.

Desde el baño, no se oye el sonido machacón de las gotas cayendo por la canilla del lavatorio. Las huellas de pisadas húmedas han desaparecido de los mosaicos del piso, la loza de la bañera resplandece inmaculada y seca. El papel higiénico no está sobre el bidet y en la jabonera hay un jabón. La espuma del desinfectante todavía flota en el agua del inodoro.

El pasillo, libre de trastos, se ve menos angosto. Ni bolsas llenas de bolsas ni cajas con piezas sueltas ni artefactos rotos. Falta el viejo canasto de mimbre donde hace unos diez años se guardó, plegado, un árbol de Navidad raquíptico, dos o tres adornos descascarados y unos cables de luces que ni en sus buenos tiempos fueron intermitentes.

Desde el pasillo no se vislumbra nada fuera de lugar en el cuarto de trabajo. Está el escritorio, está la notebook, están las estanterías repletas de libros. Ya en el umbral, llama la atención la ausencia de papeles sueltos, de carpetas abiertas, de revistas tiradas. No se ve y, sobre todo, no se huele ningún cenicero colapsado de colillas.

Concretamente, no solo la casa toda no apesta a cigarrillo, sino que está impregnada de un olor a limpio mezcla de almizcle y pino. Y cera. El piso resplandece tanto como resbala. La sala de estar, despejada, gana en amplitud. Los muebles, ordenados, lucen rejuvenecidos. Los sillones han sido liberados del habitual desparramo de abrigos y diarios. Ni siquiera el toallón de la ducha cotidiana moja el tapizado del apoyabrazos. El televisor y el equipo de música, incluidos los pequeños recovecos alrededor de teclas y botones, ya no están cubiertos de polvo.

A lo largo del trayecto que va del living a la cocina americana, el aroma progresa hacia los cítricos. Sobre la

mesada no se acumula la vajilla para lavar. Ni siquiera para secar en el escurridor. En la heladera no hay productos vencidos ni verdura mustia ni frutas enmohecidas. El tacho de basura no desprende olores rancios.

Por los ventanales que dan al frente entra el sol.

El viejo BMW descansa bajo el porche.

La puerta de calle está cerrada con llave.

No hay nadie en casa.

PODRÍA TOCAR EL PASO DE LAS HORAS
SI QUISIERA

Riiing... QUÉ POCO SUENA EL TELÉFONO EN ESTA CASA desde que Enrique no está. Mejor que no suene. Si ni sé quiénes llamaban. Gente de negocios. Amigos del club. Una amante. Y sí. Por qué no. Quién no ha tenido un amante o dos en la vida. Puede ser una amante conflictiva, una amante que no sabe por qué la abandonaron de repente, sin aviso ni despedida. En fin. *Riiing...* Además, si suena voy a tener que atender porque puede ser importante; pero también puede resultar no ser importante, puede que llame alguien a quien no conozco para preguntarme sobre alguna cuestión de la que no tengo idea. *Riiing...* Puede que inclusive sea alguien a quien debería conocer y entonces tenga que disimular el hecho de que no lo recuerde, verme obligada a charlar sin saber de qué estoy hablando y con quién. Por cortesía. Es un alivio que nadie llame. No tengo ganas de hablar. Porque una cosa es hablar en voz alta con una misma y otra muy distinta es hablar con otro, repetirle todo, repetir, repetirles, repetirme. Si al menos me llamara un amigo. Un amigo que sea mío, no de la pareja. Yo tengo amigos. Tengo amigos que no me llaman, claro. Están con sus cosas. Antes yo también vivía en mis cosas, en

ese vértigo, ese constante moverse sin tiempo para nada. En cambio, ahora creo que podría tocar el paso de las horas si quisiera. La gente siempre cree que estoy ocupada haciendo algo interesante. Antes era cierto. Ya no. Y no me llaman por eso, para no interrumpirme. *Riiing...* Por ahí prefieren que sea yo quien llame. Lo haría si tuviera un plan cualquiera, pero un plan. Nada de pedir consuelo ni dejarme consolar. ¿Quién puede tener ganas de aguantar a alguien que está mal? *Riiing...* Alguien que encima no sabe estar mal porque siempre está bien. Y no es que sea el caso porque yo estoy perfecta, pero el que podría llamar no lo sabe. Por favor. Como si yo fuera una de esas viudas que se abraza a la ropa del marido muerto hasta quedarse dormida llorando. *Riiing...* Pasa que la gente es cómoda, no se arriesga. No, no se trata de eso, no es exactamente el consuelo. Porque consolar, se consuela en un santiamén. Ya va a pasar, Tal vez era lo mejor, Por algo suceden las cosas, Sos una mujer joven, vas a salir adelante; y listo. Mis amigos de lo que tienen pánico es de escuchar. Como si lo que les diera miedo no fuera llamar, sino que yo atienda el teléfono. Miedo de preguntarme cómo estoy y de que esa pregunta les cueste veinte minutos de respuesta. Media hora de sus vidas me mezquinan. Y, sin embargo, qué chasco se llevarían porque, señores, no tengo nada que decirles. Para hablar de lo que ellos suponen, prefiero hablar sola. Lo que quiero es conversar de cualquier tema que no sea Enrique y de qué se murió y de si sufrió y de si me siento sola y de si me va a hacer mal o bien conservar sus cosas. No, no y no. Necesito charlar de las pavaditas que charlan las personas. Como los del bar de la esquina que se juntan para reírse y pasar el rato. Lástima que no puedo ir al bar y hacer eso. No los conozco y es complicado de golpe entablar conversación. Además, una vez que se abre esa

puerta... Vamos a suponer que yo hoy tengo ganas de hablar, y mañana, no. Uno tendría que ir a hacer sociales a bares de barrios lejanos. Después: si te he visto no me acuerdo. Para eso tendría que salir lejos y sin rumbo. Tengo que salir, salir a la calle. Entrar al departamento y salir. Porque desde el balcón si no es tirándome...

Riiing...

¿Me pareció o sonó el teléfono? ¿Habrá sonado antes y no lo escuché con las puertas ventanas cerradas? No, no creo. No son tan gruesos estos vidrios. *Riiing...* Sí, suena. Efectivamente. Dejo que atienda el contestador. No, mejor atiendo. ¿Quién será? Habiendo celulares, Whatsapp, sms, qué necesidad de ser invasivo llamando al teléfono de línea. *Riiing...* Será una encuesta. Me juego a que es una encuesta. Vamos a ver si gano.